**SSCC Manquehue**

**Viernes Santo**

**2024.03.29**

**Motivación**

Los quiero invitar a que en estos días de la Semana Santa pensemos en nuestra condición de caminantes. Mi experiencia en Putú: dunas inmensas, sin agua, sed; muchachos pescando: hay agua en el pueblo, llave de agua potable a la entrada del pueblo, sigan nuestras huellas en la arena. Las huellas se pierden, pero al subir una duna, desde lo alto se ven muy claras.

Los cristianos no tenemos aquí en esta tierra una ciudad permanente, como dice la carta a los Hebreos. En los comienzos, como se ve en el libro de los hechos de los apóstoles, una de las maneras de designar a este grupo de creyentes en Jesús, de seguidores de él, era nombrándolo como el camino. Somos caminantes y ese camino que nosotros vamos siguiendo a lo largo de nuestra vida de fe es el propio Jesús: como dice él, yo soy el camino. No tenemos ciudad permanente. Creo que nos hace bien recordar una y otra vez que aquí somos caminantes, vamos en busca de la patria, que Dios nos tiene preparada en su propia casa. Jesús viene del agua (la vida, la plenitud), su vida son las huellas que seguimos, para llegar a la Vida. Pero a ratos se nos pierden; subimos (retiro, acontecimientos que nos marcan) y las volvemos a ver. Pero no las poseemos, no son nuestras, se nos regalan, Otro las ha dejado con sus pisadas.

Por eso les propongo también el contraste con la actitud de María Magdalena. Cuando llega a la tumba de Jesús en el capítulo 20 de San Juan, ella quiere poseer, aunque más no sea el cadáver de Jesús. No soporta no tener nada de Jesús. Y por eso llora, porque Jesús ya no está. Esa es nuestra actitud, yo creo. Muchas veces queremos poseer, tener la certeza de que Dios está en mí, conmigo. Y nos cuesta este caminar permanente, que nos desinstala. El pueblo de Israel hizo una experiencia de desinstalación que le costó mucho, pero lo purificó: fue el destierro en el siglo sexto antes de Cristo en Babilonia. En ese destierro perdió todo lo que poseía y que para el pueblo de Israel era como la certeza absoluta, la muestra, de que Dios cumplía sus promesas: perdió la tierra; perdió el templo, donde se suponía que habitaba Dios aquí en la tierra; perdió la dinastía davídica, a la que el mismo Dios le había prometido tener siempre un descendiente en el trono. Solo le quedó la memoria, pero la memoria no es una posesión, es el recuerdo de lo vivido, y lo vivido siempre es pasado. Somos caminantes y nuestra certeza de fe es el recuerdo y el compartir ese recuerdo en la Comunidad de caminantes. Lo dice muy hermosamente el poeta Antonio Machado en la canción que musicalizó Juan Manuel Serrat. Lo nuestro es pasar. Somos Caminantes que vamos haciendo camino al andar, e incluso usa la imagen del barco que no deja huellas en el mar. Contra la actitud de María Magdalena, que Jesús mismo corrige, porque cuando se le presenta ya vivo y resucitado, ella lo quiere abrazar, quiere poseerlo, y él le dice: suéltame, y la manda, la envía lejos de él: anda a decirle a mis hermanos. Esa es la manera que nosotros tenemos de tener al Señor en nuestro corazón: Caminar hacia él llevando esta noticia maravillosa de su entrega de amor hasta el extremo y difundiéndola a nuestro alrededor.

Ayer, Jueves Santo, hemos celebrado la institución de la eucaristía que hace Jesús en la cena en que se despide de sus discípulos más cercanos. En los evangelios sinópticos (los de Mateo, Marcos y Lucas) está claro que esa cena es la cena Pascual judía en la que se celebra la liberación de la esclavitud de Egipto. En Juan sin embargo esa cena es el día anterior. Además de esta, hay otra diferencia, que me parece más importante.

En el relato de los Sinópticos, Jesús toma el pan durante esa comida y dice: “esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes” y toma la copa del vino y dice: “esta es mi sangre de la Nueva Alianza que se derrama por ustedes”. (Las fórmulas que aparecen en esos 3 evangelios no son exactamente iguales; la que usamos actualmente en la misa tampoco coincide totalmente con ninguna de esas 3). Pero la gran diferencia es que Juan, en vez de relatar la institución de la eucaristía en esa cena, cuenta que Jesús lava los pies de sus discípulos.

¿Por qué esta diferencia? ¿Qué ha querido decir Juan con este relato? La pregunta se hace más intensa porque tanto en los evangelios sinópticos como en Juan, al final de la acción de Jesús, él invita a sus discípulos a repetir lo que él ha hecho. En el caso de la eucaristía, les dice: “Hagan esto en recuerdo mío”; en el caso del lavado de los pies Jesús les dice: “Si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros” (Jn 13,14).

Antes de responder fijémonos que en los evangelios sinópticos la institución de la eucaristía anticipa la muerte de Jesús en la Cruz, de la que va a colgar su cuerpo entregado y donde se va a derramar su sangre; pero cuando él dice estas palabras todavía está vivo y no ha entregado su cuerpo a la muerte ni ha derramado su sangre, en cambio en Juan se relata un acto de Jesús que es un servicio concreto, el que hacen los esclavos a las visitas que reciben sus patrones. Con la diferencia que él no es el esclavo sino el dueño de casa, que se abaja para servir a sus invitados.

¿Por qué esta diferencia? Pienso que se trata de un llamado de atención de Juan a su comunidad y a los que leen el Evangelio que escribe. Juan es el último de los evangelios; dicen los historiadores que está escrito hacia el año 100 y Jesús murió hacia el año 31, de manera que ya han pasado varias generaciones de cristianos. En la historia de la humanidad, los ritos religiosos han hecho caer a muchos en la tentación de separar el rito y la vida cotidiana y de contentarse con el rito, como si hacer el rito fuera suficiente y después de eso el creyente pudiera vivir de cualquier manera. Quizás eso se ha empezado a dar hacia el año 100 en algunas comunidades cristianas. Y Juan quiere decirles: tengamos cuidado, si celebramos la eucaristía en que Jesús da su vida por nosotros no podemos comer ese pan y beber esa copa de vino si no estamos dispuestos también nosotros a dar nuestra vida por los hermanos, porque sería una contradicción.

Algo semejante ha sucedido ya en tiempos del apóstol Pablo en la comunidad de Corinto, como vemos en el capítulo 11 de la 1ª carta que les escribe, donde les reprocha que en la celebración de la cena de Jesús hay divisiones visibles en la comunidad porque unos, los más ricos, llevan buenas y abundantes comidas y no las comparten con los pobres. Por eso les dice que, antes de comer y beber la eucaristía, deben discernir lo que hacen para no entrar en esta contradicción fatal que les hace mucho daño.

A la mayoría de los católicos se nos ha inculcado desde la infancia la convicción de que en la hostia consagrada está presente realmente el cuerpo de Jesús. Y para muchos creyentes lo fundamental de la participación en la misa es comer una hostia, para tener al Señor dentro de uno. Pero no se ha inculcado con la misma fuerza que lo que está presente en la hostia es el cuerpo entregado de Jesús, es Jesús en el momento en que muestra que él tiene el amor más grande imaginable, que consiste en dar la vida por los amigos.

En la sobremesa de la última cena en el evangelio de Juan, dice Jesús: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”. Y añade de inmediato: “Ustedes son mis amigos, si hacen lo que les mando” (Jn 15, 13 y 14). ¿Y cuál es el mandato de Jesús? Poco antes, al inicio de la cena lo ha dicho: “Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros; que, como yo los he amado, así se amen también entre ustedes” (Jn 13,34). Y añade: “Todos conocerán que ustedes son discípulos míos en una cosa: en que se tienen amor unos a otros” (Jn 13,35).

La celebración de la eucaristía nos permite recordar el amor inigualable de Jesús por la humanidad entera, un amor que podemos hacer íntimamente nuestro gracias al sacramento del pan que comemos y el vino que bebemos, al punto que, al comulgar, podemos decir como Pablo: “Jesús me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Pero celebrar y comulgar no tiene sentido si no estamos dispuestos a que esa entrega de Jesús me vaya transformando en su hermano, en una persona que intenta “caminar como él caminó” (1Jn 2,6), que trata con todas sus fuerzas de amar a los demás como él me ama (y como él ama a los demás). Sabiendo, sí, que nunca lograremos la perfección del amor, pero que siempre podremos dar un paso más. Es la ventaja de una meta inalcanzable: siempre podemos estar acercándonos un poco más a ella.

Otra entrada encontramos en Pablo, al comienzo de la 1ª carta a los corintios. “Cristo no me mandó a bautizar, sino a dar la buena noticia; y eso sin elocuencia, para que no pierda su eficacia la Cruz de Cristo. De hecho, el mensaje de la Cruz para los que se pierden resulta una locura; en cambio, para los que se salvan, para nosotros, es un portento de Dios, pues dice la Escritura: ‘Anularé el saber de los sabios, descartaré la cordura de los cuerdos’ (Is 29,14). ¡A ver un sabio, a ver un letrado, a ver un estudioso de este mundo! ¿No ha demostrado Dios que el saber de este mundo es locura? Miren, cuando Dios mostró su saber, el mundo no reconoció a Dios a través del saber; por eso Dios tuvo a bien salvar a los que creen con esa locura que predicamos. Pues mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos un locura; en cambio, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Mesías que es portento de Dios y saber de Dios: porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más potente que los hombres” (1Co 1,17-25).

Dios no es poder, como piensan los judíos, ni es sabiduría, como creen los griegos. Dios es amor (1Jn 4,8 y 16). No amor posesivo (eros) sino amor de entrega (agape), como vemos en la cruz, que recordamos y hacemos presente sacramentalmente en la eucaristía y como queda simbolizado en el lavado de los pies.

Termino leyendo la primera y la última estrofa de un escrito se nuestro Tata Esteban, de junio del 2000, a menos de un año de su muerte. Es el primer poema, llamado “P + A + N”, de un conjunto que tituló “Silabario de la Cena del Señor”:

Entra, niño hay un lugar para ti,

Levanta la cabeza y mira el pan en las manos de Jesús.

Escúchalo bien, con tu corazón, con todo tu ser:

*“Esto es mi Cuerpo que se entrega por ti”*.

(...)

El pan sólo tiene buen sabor cuando se lo parte y comparte.

Los que comparten el dolor y el amor del hermano

descubren el sabor de Jesucristo.

El pan, sin amor, no alimenta, desde que Jesús

se ha hecho nuestro pan.